

LAS CRISIS CONYUGALES: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA COMPLEJIDAD DEL AMOR

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE

Introducción

Con una ironía no exenta de realismo, Byron había dicho que es mucho más fácil morir por la persona que se quiere que vivir siempre con ella. La verdad es que no es fácil mantener el amor a lo largo del camino. Las crisis matrimoniales constituyen un testimonio de esta dificultad que se acentúa más todavía en el carácter débil de nuestro mundo postmoderno. Son muchas las parejas a las que me he acercado en tales momentos y que me han hecho descubrir la pluralidad de situaciones y los múltiples elementos que entraban en juego. No es posible, por tanto, universalizar. Como en medicina, no existen enfermedades, sino enfermos. Sin embargo, podría ser útil recoger algunos elementos comunes, aunque los itinerarios personales contengan sus propios matices.

Las siguientes reflexiones han nacido, por tanto, de la experiencia y no necesitan apoyo bibliográfico. Pretendo ofrecerlas no sólo a los matrimonios afectados con estos problemas, por si pudieran servirles en sus deliberaciones y análisis, sino a todos los que se encuentran cercanos al dolor y sufrimiento de estas parejas. Un primer paso nos ayudará a comprender mejor la complejidad del mundo afectivo, que explica la génesis de los posibles desequilibrios, antes de exponer las diferentes posturas frente a la crisis surgida.

La experiencia amorosa: ambigüedades ocultas

Toda experiencia auténticamente afectiva, y mucho más el amor conyugal, tiene una nostalgia de estabilidad permanente, muy cercana a la eternidad. El cariño verdadero ha debido superar otra serie de estadios anteriores en los que la persona seduce y atrae por todo lo que ella tiene y ofrece, pues sirve para responder y llenar los vacíos, necesidades y otros múltiples intereses más o menos ocultos en nuestro psiquismo inconsciente. El cariño se purifica en la medida en que el centro de atención no recae tanto sobre lo que se recibe, como

regalo y gratificación, sino sobre el valor y dignidad de lo que la otra persona es, al margen de todo lo que ella pueda tener para entregarme. Cuando se ha descubierto esta experiencia, el amor se substantiva y estabiliza, porque aquello que se busca en el ser amado no son sus cualidades. De lo contrario, la persona corre el riesgo de quedar instrumentalizada y al servicio de las propias necesidades, como si fuera un simple objeto que se utiliza para conseguir determinadas satisfacciones o evitar otros vacíos y soledades.

Aunque esta actitud egoísta se dé con mucha frecuencia, hay también múltiples formas de encubrirla con términos afectivos, que no tienen nada que ver con el amor verdadero. Por eso, aunque pudiera parecer paradójico, los psicólogos señalan que no es posible amar de verdad a una persona, mientras no se alcance por dentro una actitud de despojo que acepte la posibilidad de vivir sin ella, como un signo espléndido de que se la quiere no como un objeto de necesidad, sino como un sujeto de deseo. Renunciar a la persona amada será siempre doloroso, pero el que no esté dispuesto a esta renuncia no es porque la quiera más, sino porque no la quiere todavía de manera limpia y suficiente. Es una traducción psicológica del radicalismo evangélico, cuando Jesús afirma que sólo gana la vida aquel que está dispuesto a perderla (Jn 12,25).

La experiencia amorosa parece conducir a una fusión progresiva, como si se pudieran romper las fronteras de la alteridad. El amor nunca come, ni siquiera a besos, como a veces se afirma, pues lo primero que exige es respetar la diferencia que no se elimina por el encuentro. El texto bíblico de que «se hacen una sola carne» (Gén 2,24) indica ciertamente una comunión singular, pero sin negar la duplicidad de esta relación. Cualquier búsqueda afectiva que pretenda una simbiosis absoluta es producto de un deseo infantil, de una omnipotencia ingenua que no se reconcilia con la finitud y pequeñez de nuestra existencia. Ya sé que precisamente por esta menesterosidad e indigencia nunca se llegará a una oblatividad absoluta, pues siempre quedarán espacios donde las raíces egoístas asoman de nuevo, ya que tampoco desaparecen para siempre.

El riesgo de la fidelidad

Si parto de este presupuesto, es para que se comprendan mejor las inevitables crisis matrimoniales. La naturaleza del amor es mucho más compleja de lo que afectivamente se experimenta a través de los sentimientos. Supongo que nadie se casa con la ilusión de separarse al poco tiempo. Incluso los que no excluyen la posibilidad de una ruptura posterior, preferirían que el itinerario que comienzan juntos pudieran concluirlo también cogidos de la mano.

Sin embargo, cuando un compromiso se acepta, no es una conquista definitivamente asegurada para siempre, porque la fidelidad encierra una cierta contradicción paradójica e inevitable. La promesa definitiva exige, por una

parte, una negativa de cambio que rechaza para el futuro cualquier nueva alternativa. Supone, por tanto, la renuncia a otras posibilidades que se descartan en aras de la opción que se ha tomado; un abandono, semejante a una pequeña muerte, por la que uno se despidе de algo que ya no podrá disfrutar. Pero, al mismo tiempo, se requiere también una flexibilidad constante para acomodarse a las nuevas circunstancias con las que se va tejiendo la historia.

Una doble tarea difícil y contradictoria, pues el cansancio existencial, la monotonía diaria, hace brotar la ilusión de cualquier aventura que rompa la rutina de recorrer siempre el mismo camino. De igual forma que, en otras ocasiones, se hace más cómodo instalarse en la postura de siempre, sin ninguna ilusión por adaptarse a las nuevas exigencias que impiden el conformismo de creer que ya no es necesario ningún cambio, dentro de la misma fidelidad.

Este equilibrio no está exento de riesgos y explica con mucha frecuencia el fondo de cualquier crisis matrimonial. La fuerza y los matices podrán ser diferentes en cada pareja, en función de los múltiples factores que intervienen, aunque en un primer momento suelen encubrir realidades que no se desean reconocer. Pero el camino mejor para la maduración de los cónyuges y para la superación de las dificultades no es el olvido intencionado o la marginación inconsciente de lo que no interesa descubrir. Por ello, vale la pena acercarse a esta compleja realidad, tal y como se vive en muchas parejas, para comprender mejor sus posibles riquezas y sus amenazas latentes.

*El sueño del paraíso perdido:
los amores primerizos*

Con frecuencia, muchas películas de antes terminaban con la boda feliz de los protagonistas, después de haber superado diferentes dificultades, como si la meta final ya estuviera alcanzada. La vida demuestra que, a partir de ese momento, es cuando comienza precisamente la verdadera aventura. Es cierto que hay un tiempo de ilusión para gozar la alegría de lo inédito. Haber descubierto que en la vida no hay nadie tan singular e importante, como las dos personas que se sienten seducidas mutuamente, hace salir del anonimato de la masa y provoca una alimentación afectiva que suaviza las muchas aristas de la realidad. Se crea un ambiente comprensivo y acogedor, capaz de irradiar por todos los rincones del alma y del cuerpo una atmósfera afectiva que tonifica y estimula. Ninguna dificultad se considera obstáculo para esa profunda armonía que ata por dentro con la fuerza de un amor que se considera indestructible. Las diferencias culturales, políticas, religiosas, sociales... no sirven nada más que para demostrar la autenticidad del cariño que destruye cualquier tipo de lejanía. El cuerpo y el corazón también se vinculan con este mismo lenguaje, sin que

exista entre ellos ningún desajuste. Se da un diálogo hecho palabra en el silencio de la ofrenda.

La llamada luna de miel no se reduce solo al viaje de novios. Muchas parejas recuerdan aquellos primeros años que vivieron como un pequeño paraíso, donde todo quedaba de inmediato superado por un gesto, sin mayor importancia, pero de una eficacia sorprendente. La opción valía la pena, cuando todo estaba limpio y transparente, como la primavera que aún desconoce las lluvias y el frío de la realidad. La escalada hacia lo imprevisto no provoca miedo porque van los dos juntos, con la alegría de ser fortaleza y aliento el uno para el otro y, además, todavía no están cansados. Sin embargo, no todo es tan auténtico como se trasluce en estas primeras manifestaciones. También aquí las apariencias engañan, encubriendo por dentro las inevitables limitaciones de todo amor primerizo. Además de todo lo bueno y positivo, quedan otras muchas sombras en el horizonte del corazón que podrán enturbiar un paisaje con demasiada luz hasta el momento.

La experiencia afectiva no nace por casualidad. Ni siquiera el *flechazo* es fruto de un destino anónimo, sino que halla su justificación en otros niveles más profundos de la personalidad. Son decisiones pre-reflexivas e inconscientes, surgidas por múltiples mecanismos compensatorios, afinidades instintivas, vacíos complementarios, búsquedas que sirvan para colmar expectativas y satisfacer otras diferentes necesidades del psiquismo humano. La justificación racional sólo vale para cubrir las apariencias de una realidad más profunda. No en vano G. Marañón afirmaba que el enamoramiento es uno de los estadios más idiotas por los que atraviesa la humanidad. Es una forma de indicar que en todo amor hay una etapa primera, donde la experiencia afectiva es aún demasiado embrionaria y sietemesina, sin tiempo suficiente para que ese cariño pueda sobrevivir, como le sucede a un nacimiento prematuro.

Lo más lamentable es que bastantes parejas se casan estando sólomente enamoradas, sin haber descubierto y reflexionado con anterioridad sobre los posibles elementos que también enturbian su relación, a pesar del gozo que se comparte. El noviazgo debería ser, entonces, el momento adecuado para discernir en lo más fundamental si la experiencia amorosa va perdiendo su carácter utilitario y se acerca, con la inevitable limitación de todo lo humano, hacia una maduración progresiva, como recordábamos al principio. Muchas parejas no tienen mayor interés en realizar este esfuerzo y es posible que, después del matrimonio, se vaya realizando este proceso de purificación que nunca termina, pero son también muchas las que, al poco tiempo, descubren que aquellos sentimientos fueron demasiado quebradizos como para fundamentar sobre ellos una convivencia definitiva.

Las primeras sombras del paisaje

En cualquier hipótesis, la luna de miel no puede ser eterna. Es una etapa, más o menos prolongada en el tiempo, donde las ilusiones forjadas encubren bastante la realidad, como si no hubiera nada capaz de romperlas. A veces se mantiene, incluso, con una fuerte dosis de artificialidad, sobre todo, cuando los dos están interesados en conservar el equilibrio que ya se había conseguido y por temor a que ciertas grietas puedan poner en peligro su estabilidad.

Sin embargo, resulta muy comprensible que con el desgaste y la monotonía del tiempo la pareja termine por abrirse al realismo que la vida ofrece. Es un fenómeno parecido al de la desilusión personal, cuando los sueños infantiles de la adolescencia se difuminan en contacto con las primeras frustraciones que nos hacen descubrir la realidad tal y como es y no como ingenuamente nos la habíamos imaginado. Tampoco la imagen del matrimonio soñado se ajusta por completo a su verdad más auténtica y, a partir de ese momento, se constatan las inevitables y pequeñas desarmonías en las que nunca se había pensado. Como si el mismo paisaje de siempre se empezara a contemplar desde otra óptica distinta, que difumina el relieve con el que antes se admiraba. Todo sigue lo mismo y, no obstante, algo ha cambiado. Y es que las diferencias que ya existían desde el comienzo se hacen presentes en pequeños detalles.

Por vez primera hay que realizar un esfuerzo para fingir un entusiasmo que no nace de forma espontánea o para ocultar un cierto cansancio que no se notaba con anterioridad. Cuesta algo más reanudar las conversaciones como las de otros tiempos o repetir las mismas palabras que salían desde dentro. Las primeras justificaciones son demasiado fáciles y aparentes: el agobio del trabajo que no deja espacio para mayores encuentros; las preocupaciones de los hijos que desvían el centro de la preocupación y del interés; el haber superado las etapas ingenuas de un enamoramiento romántico, que no necesita el mismo lenguaje; los múltiples compromisos de cualquier índole, que exigen tiempo y dedicación. Y otras múltiples razones objetivas que se pueden multiplicar sin mucho esfuerzo. Todo esto será verdad, en muchas ocasiones, pero no constituye la única explicación.

Es posible que otros problemas latentes hayan aguardado la primera fricción para hacer acto de presencia, y que ahora se quieren todavía ocultar con tales razonamientos. De un sabio matemático, como Pitágoras, no era previsible su afirmación de que «cuando estés cansado de descansar, cástate». Y es que la psicología juega también con números bastantes exactos. Cuando la suma final no equivale a las cantidades anteriores es porque ha existido alguna operación equivocada. Aquellos sentimientos amorosos del principio siempre necesitarán un reajuste posterior que sólo es posible en la reconciliación con una nueva verdad que no responde a las expectativas primeras. La sensación que provoca

el cansancio psicológico, la monotonía de la convivencia diaria, la frustración de algunas ilusiones que se quedan sin respuesta, abre un pequeño sendero de dolor en el corazón de los amantes. La sabiduría oriental nos recuerda, sin embargo, que cuando dos personas nunca se han hecho daño es porque tampoco se han querido. Y la experiencia básica que se revela y que hay que aprender desde la primera crisis es que el amor no es un nido caliente que impide cualquier contacto con el frío de la realidad. Por eso, ante una situación como ésta, caben diferentes posturas como intentos de solución.

*Hacia una convivencia pacífica:
el juego de las renunciias*

Una primera puede nacer de la buena voluntad por impedir que estas pequeñas heridas terminen por causar una daño mayor. Incluso se siente un miedo más o menos oculto de que este proceso que ahora se abre pudiera aumentar otras lejanías interiores. Se vislumbra con horror hasta la posibilidad de que provocara más adelante una ruptura que echara por tierra toda la esperanza largo tiempo acumulada. El único remedio para cicatrizar esa herida sería la búsqueda de una comunión consensuada en la que cada uno ofrezca determinadas renunciias, como una forma de contrato implícito, para satisfacer ciertas demandas mutuas que no se encuentran satisfechas. Es un precio a pagar que se hace con gusto, pues así se consigue también algún beneficio personal y se evita el peligro de un progresivo deterioro. Sin necesidad de ninguna firma, se llega a un acuerdo tácito de pequeños derechos que el otro tendrá que respetar, si desea que también se respeten los suyos, aunque ello suponga para los dos un cierto sacrificio.

No es raro descubrir estos pactos implícitos en la vida de algunas parejas. Son conscientes de que para prevenir disgustos y tensiones no hay más remedio que respetar ciertas zonas que ya están acotadas para cada uno. Si la convivencia funciona sin aparentes conflictos, nadie va a ceder de lo que para sí se reserva. Se fragua en el fondo una actitud que impide cualquier nuevo cambio como si fuera inútil e ineficaz. Hay una dosis de conformismo demasiado escéptico que no aspira a ningún otro avance. Bastante se ha conseguido con eliminar otras desavenencias más profundas y hasta es posible que ambos, o al menos uno, se declaren satisfechos de esta situación. La crisis queda paralizada y no obstaculiza una coexistencia educada y bastante tranquila. Un esfuerzo por encerrarse en el hogar, bajo estas condiciones, a fin de no buscar otras salidas en el exterior.

Semejante terapia, sin embargo, resulta excesivamente superficial y de poca eficacia para la solución de los problemas. Las renunciias que exige, aunque necesarias para obtener recompensas personales, son una fuente de frustración,

porque no sirven para conseguir una mayor plenitud y satisfacción amorosa, sino que se quedan a medio camino. Por dentro no es posible evitar una tensión latente ante una experiencia tan incompleta que, con el tiempo, puede terminar haciéndose bastante insoportable. Se requiere una ilusión muy recortada para encontrarse feliz en una situación como ésta, que sólo posibilita una coexistencia pacífica pero que nunca llenará las aspiraciones más profundas del corazón. Cuando el amor se convierte en una especie de contrato, pierde toda su riqueza afectiva para imponerse como una obligación. Es más, la experiencia demuestra que es difícil mantener este equilibrio en la pareja si no encuentra otras compensaciones diversas al margen de la conyugalidad, máxime cuando la convivencia del matrimonio hoy se prolonga durante mucho más tiempo.

*La tentación de la huida:
en busca de nuevas aventuras*

Por ello, la tentación de la fuga es una amenaza que se esconde en esos momentos. Reviste múltiples manifestaciones, pero todas con un mismo denominador común: el deseo de buscar por otros lugares y con otras relaciones el alivio y satisfacción que ya no se experimentan con el cónyuge. Una *diversión*, en el sentido más etimológico de la palabra, por la que uno se vuelve hacia otro sitio para llenar algunos vacíos. A veces, incluso, los propios hijos cumplen con ese papel, sin necesidad de abrir las puertas hacia fuera, para que sean ellos los que respondan a las frustraciones de un amor conyugal en decadencia. Y cuando el fruto y la manifestación de ese cariño se convierte en el centro afectivo de los padres, como el lugar preferente, es un síntoma inequívoco de que la relación prioritaria de los padres se debilita progresivamente.

En otras ocasiones, el desempleo afectivo necesita otras salidas que entretengan. Cualquier motivo se hace de inmediato razonable: amistades, reuniones, compromisos sociales, trabajos necesarios para la economía del hogar, preocupaciones de diversa índole —y hasta es posible que lo sea en situaciones normales—, pero lo específico de este caso es que sirven fundamentalmente para eludir el hecho de encontrarse solos, sin tener casi nada que decirse. Incluso las tareas apostólicas y las obras benéficas son justificaciones que tranquilizan por dentro, pero que inconscientemente cumplen con otra función menos cercana al evangelio. Con estos escapes ni siquiera tienen que estar juntos y en silencio, como en cualquier programa de televisión. La convivencia pacífica de antes se hace incapaz de llenar todas las exigencias de la persona en sus diferentes niveles. De ahí que el coeficiente de paro o desempleo afectivo se pueda ir agudizando y predisponga al sujeto para cualquier tipo de aventura. Aunque no se pretenda conscientemente, queda siempre por dentro una posibilidad abierta

para escaparse de este ambiente monótono y aburrido que ha perdido ya mucho de su interés.

Y el camino más fácil que en estas ocasiones se presenta se dirige hacia el descubrimiento de alguien que comienza a ofrecer lo que no se recibe del otro cónyuge. El adulterio no se reduce a la entrega del cuerpo; también en la imaginación se agolpan las carencias reales que podrían superarse con una nueva experiencia que se vislumbra. La nostalgia de lo que no se tiene hace más difícil la serena aceptación de la realidad frente a una nueva promesa que parece mucho más auténtica y verdadera. Mantener, entonces, el equilibrio interior, sin que el conflicto trascienda hacia fuera, exige bastante esfuerzo. Es la tensión entre dos querencias que resultan muy difíciles de compaginar.

El adulterio: una experiencia traumática e idealizada

El encuentro con un tercero tiene, además, una serie de ventajas que lo hacen más atractivo psicológicamente, pues no encierra el peso de la historia vivida, la memoria de los disgustos sufridos, las desilusiones que se fueron acumulando. La relación es mucho más gratificante, ya que no se encuentra gastada por el realismo de los hechos, sino sostenida sobre todo por los deseos de la imaginación. Aquí no existe espacio para el desgaste de la convivencia y de la rutina, ni la verdad de la otra persona se descubre en su totalidad. Los buenos ratos de convivencia no están manchados por ningún sinsabor. Nace la sensación de una mayor plenitud por respirar un nuevo aire oxigenado y limpio de tantas contaminaciones negativas. Como contrapartida, la lejanía y el vacío se hace mayor en la pareja, y el miedo a encontrarse solos fomenta cualquier escapatoria como una necesidad impulsiva.

En estas condiciones se explica la aventura más o menos pasajera o el nacimiento de una vinculación psicológica más permanente. Si lo que importa es la satisfacción sexual, se procura mantener una cierta distancia afectiva para no crear ningún compromiso, pero el agradecimiento por esa compensación moviliza, a veces, a toda la persona y se fragua una neo-conyugalidad que habrá de vivirse, por el momento, en el silencio de la clandestinidad. Cualquiera de estas hipótesis manifiesta las grietas del vínculo anterior, que pueden terminar por destruirlo. Sin embargo, el factor decisivo y desencadenante de la crisis no suele ser con frecuencia la tercera persona que aparece en el escenario. Ningún intruso habría entrado, si las puertas no estuvieran ya entreabiertas, como el que espera la ocasión que no se descarta por completo. La situación es análoga a los conflictos neuróticos. El trauma que ocurre en un momento determinado parece engendrar la crisis patológica, pero éste sólo ha sido el desencadenante de la neurosis que se encontraba latente. También aquí la quiebra de la fidelidad, en

cualquiera de sus niveles es consecuencia de las heridas internas del matrimonio.

Cuando nace el dolor del adulterio no se debe, como algunos creen, a prejuicios y tabúes irracionales, sino que supone la amputación de un sentimiento, que atenta contra la integridad más profunda del yo. El amor había gestado una comunión que no se quería perder con el desgaste del tiempo, ni que su existencia se pusiera en peligro por cualquiera de los muchos obstáculos del camino. Cuando uno de los cónyuges queda abandonado, se tiene la experiencia de un duelo, como la pérdida de algo irreparable o el adiós definitivo de una partida: el ideal primero se ha roto en múltiples pedazos que ya no se pueden ensamblar. Como un espejo destrozado que ya nunca reflejará los rostros que allí se miraban. Un dolor, incluso mayor que la muerte, pues nadie se puede imponer al destino ineludible de la naturaleza, pero aquí ha sido la libertad humana quien ha provocado la defunción del cariño. Aunque se lleguen a superar los sentimientos de culpabilidad y de un cierto narcisismo herido, quedará siempre por dentro la señal de una cicatriz. Un proverbio escandinavo aconseja: «ve a menudo a la casa de tu amigo, porque la maleza borra pronto la senda que no se usa». Y al constatar que ya no existe ninguna vereda, nace la pena de no poder llegar hasta el corazón que se ha buscado otros destinos.

Hacia una posible reconciliación

Después de este final no hay arreglo posible, sobre todo cuando el rescoldo interior quedó definitivamente apagado. Una dificultad que se aumenta cuando, al echar una mirada hacia atrás, la pareja constata que cometieron un grave error al casarse del que no fueron conscientes en ese momento. Un problema grave sobre el que ahora no vamos a tratar, pero que exige por parte de la Iglesia, como se pidió en el Sínodo sobre la familia, una nueva reflexión para hacer compatibles la fidelidad a la doctrina con la misericordia del perdón. Sin olvidar tampoco que, en los momentos de crisis, existe el peligro de analizar la historia pasada con menor objetividad por los intereses inmediatos que ahora afectan a los cónyuges. Las sombras forman parte también del paisaje y, además, lejos de impedir su contemplación, permiten dar relieve a la belleza del conjunto. Por ello, habría que examinar con atención las raíces más hondas de la experiencia afectiva, vivida con anterioridad, para ver si es posible aún reavivar la llama mortecina. Y, sobre todo, buscar la solución de la crisis en otros estadios anteriores, cuando todavía no sólo se puede evitar la ruptura, sino reconstruir la relación conyugal de forma más madura y auténtica.

Toda situación conflictiva echa por tierra muchos de los elementos artificiales y ayuda a descubrir los efectos negativos de la dinámica inconsciente. No es el momento de analizar ahora los múltiples mecanismos. Sirvan como ejemplo

alguno de ellos. Las afinidades profundas que se habían instaurado con el enamoramiento necesitan posteriores reajustes bastante más objetivos. La respuesta que se esperaba del otro había nacido, en gran parte, por las necesidades del momento, que pueden desaparecer o cambiar por la evolución de las personas. Si determinadas carencias fueron un factor decisivo, el interés por la otra persona podría disminuir cuando aquellas quedaran ya satisfechas. El matrimonio motivado por compasión, ante la debilidad del otro cónyuge durante el noviazgo, se hace molesto cuando uno se harta de hacer obras de caridad o el otro no quiere continuar siendo un mendigo que recibe limosna. En cualquier caso, hay que tener la valentía de reconocer aquellos espacios oscuros que conviene sacar a la superficie, sin miedo a llamar a las cosas por su nombre. Un examen sincero y honesto de tales raíces es un trabajo necesario para el reajuste e integración posterior de los dos miembros de la pareja, ya que ambos habrán de amoldarse a las nuevas circunstancias. Sólo por aquí se avanza hacia una fase de mayor plenitud en el amor. La experiencia también demuestra que, a pesar de los desgastes, golpes y situaciones límites, no hay que descartar la posibilidad de la reconciliación. Por lo visto, existe algo mucho más tolerable que la ambigüedad y, por supuesto, menos amargo que la ruptura clandestina y el juego mentiroso: la comprensión y el olvido. Es cuando se aprende que el sufrimiento padecido y compartido es una vereda sencilla que nos deja a las puertas del amor.

No hay que pensar en una vuelta atrás para retroceder a los comienzos, cuando la convivencia marchaba sin apenas dificultades. Sería caer de nuevo en los sueños infantiles que no aceptan ninguna limitación. Ahora se trata de comprender lo que significa la profundidad del cariño, aunque no posea la vivacidad y frescura de los primeros encuentros. Los conflictos asumidos tienen un carácter purificadorio, como la noche oscura en las relaciones con Dios. Nadie mejor que los místicos saben lo que es la soledad, el vacío, la aridez, el aparente abandono, la nostalgia del ausente, para que, cuando sientan el regalo de un encuentro gozoso y permanente con Él, comprendan que es Dios mismo el único que interesa, más allá de los consuelos y dones que les ofrece. Entonces se empieza a querer de verdad, sin la mezcla de tantos intereses y egoísmos encubiertos. Como decíamos al principio, es la persona quien ocupa el centro de la verdadera experiencia afectiva, pues seguirá siendo la misma, a pesar de todos los cambios que hayan podido afectarle. Ahora es cuando se descubre la vocación de cón-yuges —uncidos por el mismo yugo— que supone compartir los misterios de gozo y de dolor, con la experiencia ya almacenada de que los sueños de plenitud sólo existen en la imaginación infantil que todos llevamos por dentro. Para amar de verdad hay que reconciliarse con la limitación, pero sin la nostalgia y el resentimiento del que se encuentra frustrado por el margen que separa el deseo de la realidad. En ese espacio más reducido es donde el

gozo sereno nunca se apaga. La llama excesiva se hace más peligrosa que un pequeño rescoldo que siempre calienta. Por eso, M. TWAIN, en su novela *El diario de Adán*, después de todas las vicisitudes que ambos tuvieron que soportar juntos, quiso que sobre la tumba de Eva solo quedara este epitafio: «Donde quiera que ella estuvo, estaba el paraíso». Se trata de una ficción literaria, pero que puede convertirse también en una experiencia real, como si fuera necesario un cierto desencanto de otras ilusiones para volver de nuevo a descubrir lo que no se valoraba. Si es verdad que el amor engaña a veces, muchas más somos nosotros los que estamos engañados sobre la naturaleza del verdadero amor.

El amor de la despedida

En el museo de El Cairo vi hace años una escultura de la civilización egipcia, que me encantó por la expresión que revelaba, en medio de sus formas adustas y rudimentarias. Se trataba de una pareja de ancianos que, con las manos cogidas, se miraban mutuamente como si fuera la primera vez. Un testimonio espléndido de que el paraíso se prolonga o puede recuperarse en la época final de la vejez, cuando llega la hora del crepúsculo en el otoño de la vida, y el corazón se alimenta, sobre todo, con el cansancio compartido. No se necesitan tantas manifestaciones como antes; basta saberse acompañado y sentir la caricia de una mano rugosa, pero todavía sensible. El espíritu es capaz de resonar aún en la debilidad del cuerpo que sigue siendo palabra y comunión. Las mismas cicatrices que un día sangraron son ahora recuerdos de un amor que no quiso darse por vencido. Hace mucho tiempo que nos expulsaron del paraíso terrenal, símbolo de una plenitud soñada e inalcanzable, pero queda un pequeño oasis donde recuperar fuerzas y evitar la soledad del desierto. Es el gran premio de los que han sabido perdonarse aunque no siempre supieron amar de verdad. R. Tagore recordaba, con la belleza de su poesía, que «si cierras la puerta a todos los errores, dejarás fuera la verdad» ¿Por qué no llamar de nuevo para dejarla, al menos, entreabierta? Es posible que alguien esté a la espera de sentir el primer aldabonazo.

Hasta me atrevería a decir que, en el momento de la viudez, tampoco desaparece este pequeño paraíso. No es un momento deseable, pues muchos desearían partir antes que el otro compañero, para no sufrir la soledad del último tramo. Pero también es verdad, como la experiencia enseña, que el cariño alcanza, entonces, su cima más alta, cuando sólo queda la presencia de un recuerdo que lo llena todo. Ahora sólo se espera, en la fe, la hora del abrazo definitivo, como una cita fijada para más adelante, de la misma manera que otras veces lo hicieron en cualquier esquina. La lejanía se acorta, porque no están tan separados como aparece. Víctor Hugo lo había plasmado en un bello

poema: «Ya hace tiempo que aquella con quien he vivido/ abandonó mi casa, Señor, por la tuya/ pero aún estamos mezclados el uno al otro/ ella está medio viva y yo muerto a medias».

San Juan de la Cruz recordaba que «a la caída de la tarde seremos examinados sobre el amor». La dificultad radica en que existen demasiados libros apócrifos que no ayudan a la preparación de este examen. El aprendizaje de la lección es bastante más complejo de lo que muchos suponen y, desde luego, tampoco se consigue con ningún cursillo acelerado. La pena es que muchos de los que se matricularon en esta asignatura se quedaron a mitad del camino. En vez de soñar con la luz del sol, ¿no sería mejor mantener encendida la pequeña lámpara?

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE